

Para mi querido Alejandro López, con cariño y admiración

José Antonio Sánchez Azuara

Quisiera dejar con estas palabras un breve, pero sustantivo, recuerdo de un hombre muy peculiar —diría yo— de “un fuera de serie”.

Alejandro aparece un día en mi vida platicando sobre su vínculo con las Grandes Montañas de México: el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl. Su forma de hablar de ellos era como si estuviera hablando de amigos o mentores. Mientras conversaba me llegó a la mente otro gran amigo, Héctor Hernández Andrade, y me imaginé lo que sería ellos dos trabajando juntos por la preservación y restauración de esas grandes montañas. Sería una combinación ideal: un comunicador nato lleno de sensibilidad y cultura y un técnico diseñado para “alta velocidad”, lleno de creatividad y conocimientos sobre producción de plantas en viveros, reforestación, combate a incendios, trato con las comunidades locales, etc.

Alejandro se perfilaba entonces para ser Director de una de las más importantes áreas naturales del país y ¡así fue! Ahí encontró un muy buen equipo de colaboradores con los que, juntos, marcaron una ruta de trabajo intensa y llena de creatividad, que permitió grandes ejercicios de restauración de los Parques Nacionales, presencia institucional en diversos medios y contribuyó como pocos a hacer visible el intenso trabajo que realizan las comunidades y la CONANP para proteger el patrimonio natural de nuestro país.

En poco tiempo se convirtió en un líder dentro de nuestra querida institución y mostró un camino divertido e inteligente para hacernos sentir orgullosos de nuestro quehacer cotidiano. Será difícil encontrar un hombre que pueda generar tanta empatía en nuestra institución —la CONANP— como la que logró Alex.

Un buen día me buscó para invitarme a ir con él a la República Checa a aprender del manejo de Parques de ese País, en verdad fue una gran sorpresa por la gran dificultad que implica salir a capacitarse al extranjero así que le comenté que veía muy difícil lograr la autorización y juntar el recurso para dedicar tiempo a éste tan valioso intercambio. Alejandro me platicó cómo había logrado el apoyo y, una vez más, me sorprendió con su enorme capacidad de gestión: días atrás había recibido al ministro de medio ambiente de la República Checa, lo llevó a un recorrido por al Popo y el Izta y el ministro le planteó que era muy importante que visitara su país para sumar capacidades y compartir experiencias entre ambos países.

Ya con las autorizaciones correspondientes me comentó la importancia de que lo pudiera acompañar, porque él requería de una persona más serena que él, que pudiera tomar nota y, desde otra perspectiva, tuviera adecuada empatía para que pudiéramos regresar al país con ideas nuevas y propuestas para mejorar el desempeño de nuestra institución.

Una vez en la República Checa iniciamos las conversaciones y en pocas horas Alejandro había logrado captar el interés de los especialistas checos y motivarlos a que conocieran con más detalle el trabajo de nuestra institución. Así iniciamos un intenso recorrido a más de seis parques nacionales y otras áreas de interés para la conservación.

Alejandro era muy peculiar, solía meditar en las madrugadas y hablar con profundidad de los temas cotidianos de la vida pero, también, se reía del mundo como pocos. Su voz era familiar y me compartió sobre su experiencia como hombre de la radio, desde donde transmitió su gran interés por la cultura.

Él tenía un místico por dentro y me afirmaba que las montañas tenían su propia vida, que vivió muchas de sus experiencias de diálogo con ellas. Su pasión por Sor Juana era verdaderamente cautivadora y lograba con ello hacer que la gente común, la que no se especializa en los temas de la naturaleza, se interesara de manera muy especial en los temas que él conocía como pocos.

Alejandro nos deja un gran mensaje, particularmente para aquéllos que quisiéramos ver una sociedad más respetuosa con la naturaleza y con la gente humilde que habita en ella. Nos enseñó que la cultura es el camino para la restauración interna de nuestra Patria; que la risa y la creatividad son el método; que el cariño y el respeto mueven montañas; y que la amistad es parte fundamental de una sociedad funcional.

Los balances son siempre necesarios y Alejandro escuchó a los que tenían algo que decir; tradujo ese lenguaje en un lenguaje lleno de vida y de misterio que hace más amena la vida y nos permite ampliar nuestros horizontes.

Con cariño para un gran amigo que seguramente estará descansado en alguna gran montaña de este país, que tanto quería.